

CUENTOS & CUENTISTAS

Joseph Conrad, cronista de ilusos y fugitivos

Joseph Conrad (1857-1924), escritor inglés de noble origen polaco, nació en una zona de Ucrania ocupada por los rusos, desde donde emigró a Francia, llevando una vida medio crapulosa en Marsella. Trató de ser un escritor en francés; volvió a emigrar, esta vez a Inglaterra, y se hizo marino mercante, consiguiendo ser capitán de barcos. Recorrió los archipiélagos malayos, los mares europeos y el golfo de México. Abandonó los viajes tras variados fracasos y problemas de salud, para dedicarse a escribir en inglés. Odiaba a los rusos, que habían aherrojado a su patria polaca. Sus penurias de expatriado lo marcaron, al punto que la soledad y el temor a lo extraño ocupan de manera fundamental la imaginación de Conrad. Poseía, en su actuar, un arraigado sentido de la fatalidad, que se transmite en toda su obra.



El filósofo Bertrand Russell fue amigo y admirador de Conrad, y a él se debe una aguda percepción de la personalidad de este autor: "Tenía perfecta conciencia de las diversas formas de apasionada demencia a que se sienten inclinados los hombres, y esto

era lo que le daba una creencia tan profunda en la importancia de la disciplina". En este sentido, dice Russell, Conrad es la antítesis de Rousseau. Sus cuentos "El anarquista" y "El confidente", que forman parte de un volumen publicado en 1906, son muestras de la bronca y el desprecio que sentía contra los extremismos, en las figuras de un patético exiliado que se hace revolucionario tras una borrachera; y de un cínico aristócrata enriquecido gracias a sus escritos anarquistas.

Conrad nunca dejó de escribir cuentos, y algunas sus obras maestras son de este género, que para él es más bien una forma de novela corta, más concentrada y libre. En siete colecciones publicó 28 cuentos, escritos entre 1896 y 1917. "Karain, un recuerdo" (1898) es uno de sus primeros cuentos largos. Trata de un jefecillo en un remoto paraje malayo, con el cual se comercia armas en forma subrepticia, con la venia del poder colonial. En Conrad la narración de aventuras está teñida de un agudo juicio crítico a la acción demoledora del imperialismo sobre los pueblos primitivos. Llega la civilización, pero también el mal; una forma de mal a menudo letal, como el tráfico de armas, que permite que pueblos e islas se destrocen entre ellos en guerras fraticidas y sanguinarias; aparte de introducir hábitos absurdos y vicios, enfermedades y plagas, formas nuevas de violencia. En "Karain" las descripciones son fastuosas y coloridas, pero también resalta su penetración en la psicología compleja de este personaje arcaico, con sus bravatas, sus supersticiones y su ridícula corte.

"Falk: una reminiscencia" es otro cuento de extraordinaria potencia. Una obra donde Conrad logra el máximo efecto erótico en un marco acentuadamente victoriano, donde hay todo tipo de alusiones a un amor atormentado y fogoso, que se expresa en cada párrafo. Hay también, como en tantos cuentos suyos, un secreto terrible que se explicita en un momento culminante de la narración. Esto a diferencia de lo que acontece en "El corazón de las tinieblas" (1899) o en "Una avanzada del progreso" (1897), dos de sus narraciones más célebres de ambientación africana, en los cuales el secreto permanece hermético.

Compleja es la cuentística de Conrad, quien al parecer escribió con dos diferentes audiencias en mente: los lectores convencionales que buscan una aventura con final, si no feliz, al menos confortable; y un lector más sofisticado capaz de apreciar el choque de perspectivas incompatibles. En ellas se dan, en un formato más reducido, todas las

temáticas de este autor fundamental: la coerción, el aislamiento y la traición; las difíciles relaciones entre autor, narrador y personaje; y la lógica permanente de la narrativa conradiana: la presencia simultánea de la comedia y la tragedia. Como en “El piloto negro”, una broma macabra hecha relato que no arranca siquiera una sonrisa.

Se pueden revisar las obras de Conrad, y si bien alguien puede cuestionar la factura de algunas de sus monumentales novelas (no es mi caso), y tal vez encontrar en *Lord Jim*, *Nostromo* o *Victoria*, debilidades históricas, contradicciones psicológicas en personajes, o incoherencias argumentales, en el género del cuento nos dio simplemente un puñado de obras maestras totales. Además de las mencionadas, ¿quien no se ha emocionado con “Gaspar Ruiz”, que transcurre durante nuestra guerras de la independencia americana?; ¿con “Freya, las de las siete islas”, un retrato femenino que provoca admiración por su sutileza y profundidad?; ¿con “Amy Foster”, la historia de un amor trágico hecho de puro sufrimiento?



“Alma de soldado” (1917) fue su último cuento, una historia napoleónica que complementa lo narrado en “El duelo” (1908), un drama de honor militar, quizás el tema más caro a Conrad, que arrastró en su vida la culpa de no haber hecho todo lo necesario para liberar a su invadida y saqueada patria polaca. Es uno de los autores fundamentales del siglo XX. No ganó el Premio Nóbel y rechazó ser nombrado caballero. Fue coherente consigo mismo y con su época como pocos pueden mostrar.

Bartolomé Leal

Falk: una reminiscencia (fragmento)**Cuento de Joseph Conrad**

Parece absurdo comparar al patrón de un remolcador con un centauro: pero de alguna manera me recordaba el grabado de un librito que tenía cuando niño, el que representaba centauros en un arroyo, y había uno especialmente, en primer plano, arco y flechas en la mano, con rasgos severos y regulares y una inmensa barba ensortijada que le cubría el pecho. La cara de Falk me recordaba a ese centauro. Además, era una criatura mixta. No un hombre-caballo, ciertamente, pero sí un hombre-barco. Vivía a bordo de su remolcador, que subía y bajaba por el río desde la madrugada hasta el atardecer. A los últimos rayos del sol se podía ver río abajo su barba levantada sobre la estructura blanca, remontando la corriente para anclar por la noche: el cuerpo del hombre vestido de blanco, la mancha frondosa de la barba, y nada debajo de la cintura, salvo las líneas blancas de la pasarela puente que llevaban el ojo a contemplar las líneas blancas de la proa cuando hendía el agua fangosa del río...